

LA GUERRA SECRETA DE FRANCIA

Georges Bidault, de héroe nacional a "malo" de folletín

Por EDUARDO HARO TECLEN

CON los mineros y los ferroviarios a la izquierda, Bidault a la derecha y los terroristas matando banqueros y asaltando bancos en las calles de París, el general De Gaulle está viviendo uno de los momentos más amargos de su principado. Su afición a extralimitar sus poderes y entrar en el terreno vedado de la libertad individual, su disputa con los ingleses, su desdén para Estados Unidos, le atraen, además, mala prensa en todo el mundo. Soñando con construir un futuro de grandeza, ha retrotraído el momento actual a la novelesca de Alejandro Dumas. Toda Francia es hoy una novela de capa y espada —o, si se prefiere, de «mitraillette» y gabardina—: organizaciones secretas, agentes misteriosos del estado, rubias que traicionan, pasaportes falsos, pimpinelas más o menos escarlatas... La realidad sobrepasa a la ficción. La venta de las novelas policíacas ha descendido: el francés tiene suficiente lectura negra con su diario habitual.

retrato de un personaje

UN antiguo alumno de los jesuitas de Turín, Georges Bidault, se ha convertido en el «Rocambole» de toda esta historia. Repasando el índice de su biografía se puede advertir algo que no responde a la imagen tópica de los personajes de folletín: Bidault ha pasado

de héroe nacional a «maldito». Hay una fotografía histórica que le muestra ascendiendo los Campos Elíseos camino del Arco de Triunfo, en compañía de De Gaulle, el día de la Liberación: entonces sólo les separaban cincuenta centímetros de estatura. Ahora, los pistoleros de Bidault disparan contra el General. Los dos antagonistas de la tragedia se dicen herederos de los mismos principios: la resistencia de Francia contra la tiranía. De Gaulle sigue proclamándose la encarnación de «la France libre»; Bidault ha resucitado el «C. N. R.», el Centro Nacional de la Resistencia del que él mismo fue presidente en la lucha contra los alemanes. Este tipo de confusiones son frecuentes en Francia, donde he visto aporrearse concienzudamente a militantes de partidos políticos adversos mientras todos cantaban la misma «Marsellesa» y lanzaban los mismos «vivas». («Todo lo que no es claro no es francés», decía el panfletista Rivarol; hoy, todo lo que es francés no está claro.)

Antes de la guerra, Georges Bidault era un tranquilo profesor de historia, militante de Acción Católica, con carnet del partido demócrata popular. Escribía cada mañana un editorial en «L'Aube»: muchos críticos literarios franceses consideran aquellos artículos como modelos en su género. Llevaba la vida apacible y burguesa de un solterón sobrio cuando en 1939 —Bidault acababa de cumplir los cuarenta años— estalló la guerra y cambió de rumbo una vida que parecía definida y que normalmente debía terminar con la dirección de un periódico y algunos meses de ministro en un ministerio tranquilo. Su presencia en el frente durante la «drôle de guerre», apenas alteró sus costumbres burguesas. Un año en un campo de concentración alemán le cambió radicalmente. Cuando fue liberado en calidad de antiguo combatiente, en 1941, comenzó su desdoblamiento de personalidad. Durante el día continuaba siendo el plácido profesor de historia; por la noche formaba parte de la Resistencia. Llegó a ser miembro del Consejo Nacional de la Resistencia, que se reunía clandestinamente cada mes; y cuando los alemanes mataron a su presidente, Jean Moulin —no sin que la Gestapo le torturase antes ferozmente—, Georges Bidault ascendió a la presidencia, por aclamación. Alguien que le conoció entonces, el escritor Luis Martin-Chauffier, describe el Bidault de la época: «Era un resistente ejemplar, cuyo espíritu conciliador evitó muchos choques. Era de inteligencia aguda, palabra fácil, corazón firme y, sobre todo, de una libertad de juicio que le permitía comprender los excesos de los demás y resolver con paciencia las contradicciones frecuentemente violentas que oponían temperamentos o doctrinas... Su voz, seca y precisa, era la de un lógico y no la de un exaltado; menos apóstol que árbitro, más tolerante que apasionado... Me parecía más acá de la línea del miedo que, a veces, franqueábamos todos...» En esa época, el héroe Bidault conocería a Suzanne Borel, que fue la primera mujer-diplomática de Francia, militante también en la Resistencia; ambos pospusieron su amor hasta el final de la guerra. Cuando se casaron, en 1944, Bidault era ministro de Asuntos Exteriores y ella director adjunto de su gabinete. Suzanne Borel fue madame Bidault y muy pronto iba a convertirse en «Madame Crapaud», el sobrenombre despectivo que le daría Roger Peyrefitte en sus novelas-clave «Les Ambassades» y «La fin des Ambassades». Peyrefitte tenía graves motivos de querrela: madame Bidault había sido la promotora del expediente que costó la carrera diplomática a Peyrefitte por «affaire de moeurs». No hay que fiarse mucho de las perfidias de su pluma vengadora.

Georges Bidault debió sufrir un grave choque psicológico al conocer a De Gaulle después de la Liberación y al hacer con él el paseo histórico de los Campos Elíseos. Hay quien —quizá frívolamente— atribuye al estallido de una antipatía inmediata a la fabulosa diferencia de estatura entre el «cher petit bon homme» —como le ha llamado De Gaulle—, de un metro sesenta, y el gigantesco general de dos metros y pico. Quizá sea más real que Bidault, como presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, se consideraba tan héroe como el general y se veía o se creía pospuesto por aquel hombre que acaparaba toda la popularidad y todos los honores, que le trataba



Dentro de unos minutos se consumará un nuevo episodio del tenso capítulo histórico que vive Francia. Bartien Thiry, jefe del comando que el 22 de agosto intentó asesinar a De Gaulle en la localidad de Petit-Clamart, será fusilado en el fuerte de Ivry. En la madrugada, el cortejo abandona la prisión de Fresnes.



Las siete y cuarto de la mañana. Thiry ya ha sido fusilado. El cuerpo del ajusticiado es conducido en un furgón al cementerio de Thiais, donde será inhumado.

con altanera lejanía —como a todo el mundo— y que minimizaba los hechos de la Resistencia —como disminuía la importancia de los ingleses y de los americanos en la «batalla de Francia»— porque no permitía que nadie le arrebatase parte de su gloria. Bidault fue ministro de Asuntos Exteriores, pero en los Consejos tenía que obedecer ciegamente al general. Dicen que cuando De Gaulle se retiró, en 1946, Bidault se declaraba «el hombre más feliz del mundo»: su odio se hacía claro.

La verdadera felicidad le llegó después, cuando fue nombrado Presidente del Gobierno Provisional (el mismo cargo que había tenido De Gaulle) y el poder le emborrachó. Pero su ejercicio duró poco y, aun cuando volvió a ser Presidente del Consejo de Ministros, el suelo empezó a hacerse movedizo bajo sus pies. El partido que él había fundado, el MRP, tuvo un momento de esplendor y de gloria y lanzó la moda de las democracias cristianas en Europa. La moda pasó, el partido se hundió. Bidault dejó de ser presidente del Consejo, dejó de ser ministro... Quizá había forzado su destino, que era más modesto, y las aguas volvían a su cauce normal. Cuando la borrachera del poder le abandonó, tuvo que buscar otros recursos. Es desagradable tener que hablar de la vida privada de un hombre, pero a veces esta vida privada trasciende a la vida pública: hay quien dice que el alcohol ha sido el primer causante de la nueva silueta moral de Bidault (y eso que parece que ahora, en su nueva clandestinidad, se limita a beber un vaso de vino tinto en cada comida). Yo le he visto hablar en la Asamblea Nacional en condiciones perfectamente imposibles: y le he visto tener que interrumpir un discurso a medias y abandonar el edificio de la Asamblea en una ambulancia, mientras sus amigos trataban de disculparle alegando que padecía de

un exceso de fatiga... Bidault bebía sin duda para olvidar a De Gaulle. Y cuando le vio reaparecer al frente de la vida pública francesa, en 1958, perdió la cabeza. El hombre de la izquierda católica, el editorialista de «L'Aube», el autor del cierre de fronteras con España, el firmante del pacto de alianza franco-soviético, se lanzó a abrazar la causa más disparatada de la extrema derecha: la de Argelia francesa. (Y digo la más disparatada porque lo que a algunos podía parecerle patriótico no era ya más que una aventura desdichada.) Bidault comenzó su nueva vida de personaje Ponson de Terrail: huía de Francia en el cofre de un coche —quizá entonces agradeciérase su corta talla salvadora—, hacía apariciones fantasmagóricas en Argel, reaparecía clandestinamente en Francia, hablaba en las emisiones piratas de la radio... Hasta que, finalmente, ha querido resucitar el «Consejo Nacional de la Resistencia» para asesinar a De Gaulle y proclamar una especie de fascismo, con él al frente, en Francia. El héroe de la Resistencia contra los alemanes ha tenido que contar con el apoyo de los nazis clandestinos de Alemania...

el mundo de las OAS

EN un barrio de Munich, en una zona que no ha sido nunca reconstruida después de los bombardeos de la última guerra, donde los bares y los cabarets no cierran en toda la noche («el lugar más alegre y más siniestro de toda la Alemania del Oeste», dice un corresponsal británico), está uno de los cuarteles generales de la OAS. De allí fue raptado el coronel Argoud —otro episodio digno de Alejandro Dumas— y por allí anda ahora Bidault, que ha hecho **SIGUE**



Ay... ay... ay!

...si tu
mamá
no tiene
una

Balay!

Cada niño —no cabe duda— tiene su ángel protector

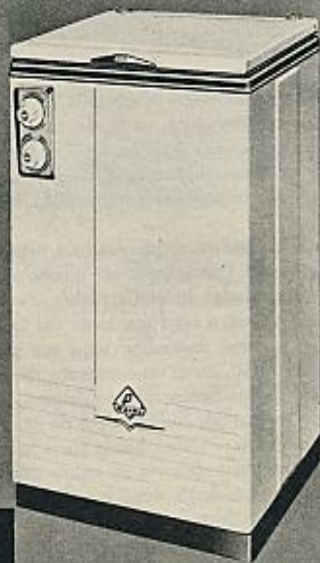
A pesar de ello, cada niño comete sus pequeñas "diabluras", que se traducen, casi siempre, en grandes manchas sobre sus blancos y delicados vestidos.

Admitamos que no entra dentro de la "jurisdicción angelical" el vigilar y evitar esas travesuras. Cada mamá debe arreglárselas con su bebé (que es tanto como decir que cada mamá se las apaña lavando) y cuando este caso llega —porque llega siempre— ¡Ay... ay... ay... si la mamá no tiene una Balay!



LAVADORAS

Balay



DER. PUBL. BALAY

DELEGACION **CATALUÑA-BALEARES:** - Viladomat, 259 - Tel. 230 30 87 - BARCELONA

la guerra secreta



Bidault en 1946. Héroe nacional. Ha sido presidente de la Comisión Nacional de Resistencia. «Su espíritu conciliador evitó muchos choques», se escribió entonces de él. Después ha creado el partido M. R. P., ha sido ministro y presidente del Consejo.

pública su presencia para obtener la protección oficial de la policía alemana. Lo cual dificulta mucho su labor como presidente del supuesto C. N. R., puesto que ahora Alemania —concretamente, el estado de Baviera— exige su abstención. Quienes le han visto describen su vida. Por lo menos, su vida aparente. Un par de hombres —sin duda pistoleros de la OAS— le escoltan cada vez que sale a la calle (con más o menos discreción), además de dos policías alemanes. Su secretario, Guy Ribeaud —que tiene un pasaporte a nombre de «Carlo Pontani», como Bidault tiene otro a nombre de «Maurice Berger»—, no se aparta nunca de él. Bidault se levanta a las ocho de la mañana, come frugalmente, escribe sus memorias —que se titularán «De una Resistencia a otra»: ya hay revistas y editores que le ofrecen muchos millones por ellas—, lee un poco —sus libros preferidos: «Laval», de Guy Bechtel; «Memoires d'un parisien», de Galtier-Boissière (el editor de «Crapuillot»); «El Estado contra París», de Alain Griottery, y una «Teoría del Crecimiento económico»—. Escribe cartas y artículos, consignas y documentos: en cada hoja hace una contraseña especial, porque tiene horror de que le atribuyan cosas que no ha escrito. Es colérico: ha perdido la moderación de los años de la Resistencia. Es todo lo contrario de lo que era: apasionado, violento, figurón. Sus frases están todavía llenas de ingenio («Pienso que nuestra posibilidad de derribar a De Gaulle es mejor que la que tenía Churchill en 1940», ha dicho en su famosa aparición de la televisión británica).

Ahora bien, ¿en quién manda Bidault? ¿Qué fuerza real tiene el hipotético «CNR»? ¿Qué es hoy la OAS? Todas estas preguntas son difíciles de contestar. Hay quien asegura que Bidault está desprestigiado desde siempre en el seno de la OAS, que se limita a utilizarle para tener un político profesional, un civil, con un pasado heroico, al que colocar en el poder cuando llegue el momento. Se dice que no supo nada del atentado contra De Gaulle: que se enteró por los periódicos. Y que lo mismo les ocurrió a otros jefes de la nueva Resistencia. Ocurre que hay muchas «OAS». Hay la «OARS» («R» es un añadido que significa «revolucionaria»), con sede en Bélgica, dirigida por el capitán Sergent (que fue adjunto de Argoud). Hay otro «CNR», que se denomina «CNR-París», que actúa en la clandestinidad en la capital de Francia, y que se declara independiente de Bidault. Existe un «Movimiento Contrarrevolucionario», de doctrina específicamente anticomunista —acusar a De Gaulle de comunista—, que dirige el coronel Chateau-Joubert, aparentemente desde Lisboa —donde hace poco se vio a Jacques Soustelle, otro «político de reserva», que colaboró estrechamente con De Gaulle durante la guerra—, y al que se acusó en un principio de haber denunciado a Argoud (ahora parece que Argoud fue denunciado por su propia secretaria, la rubia prusiana Ingrid Gallmeister, a cambio de dinero); existe el grupo del capitán Souetre, que acumula antiguos combatientes de extrema derecha. Hay un general, Gardy —del grupo de Munich—, que por el hecho de ser el último general de la OAS se cree

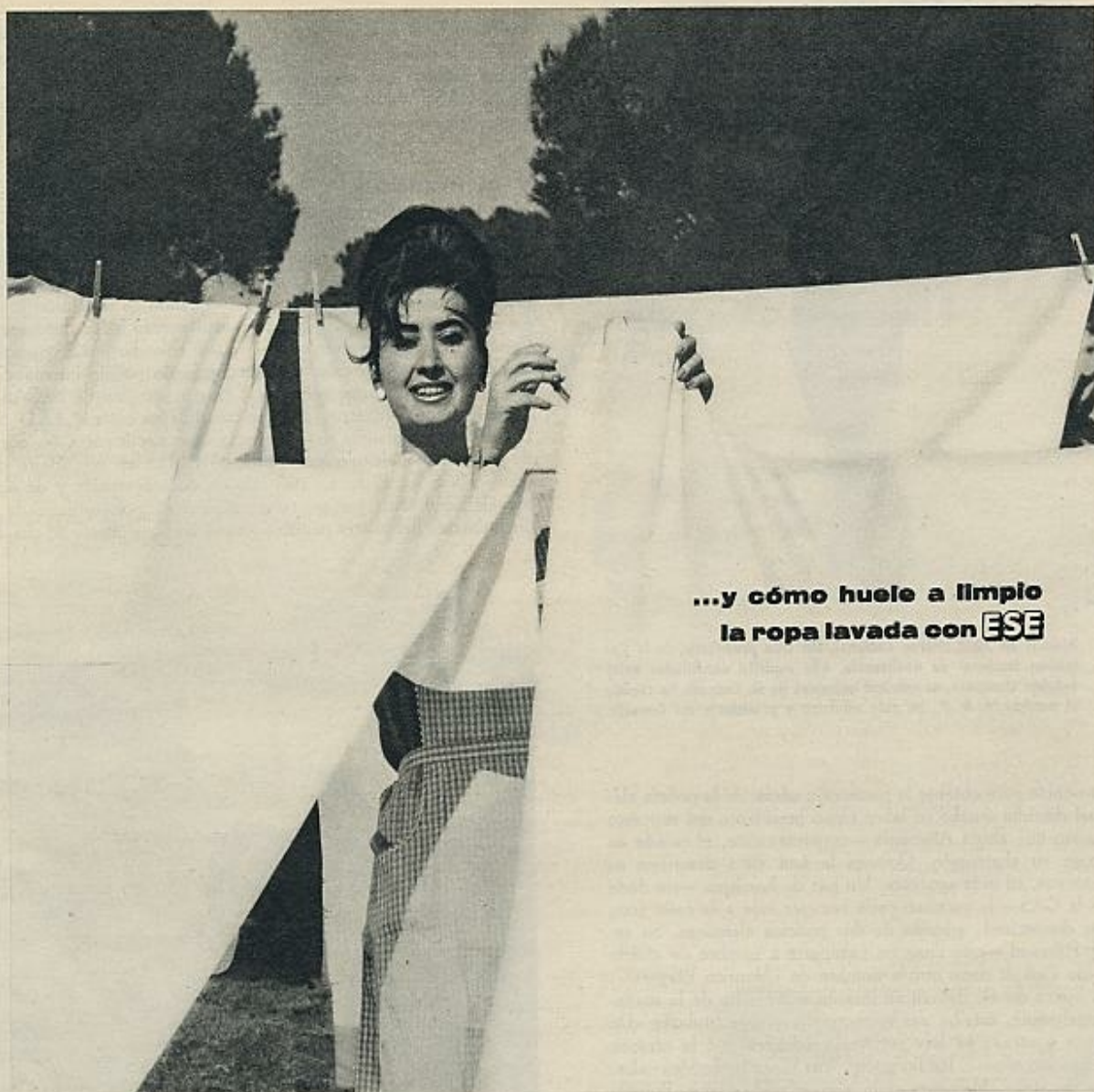
con derecho a mando. Está el «activista» Watrin, llamado «La coja», que por la descripción de un testigo parece ser el asesino del banquero Henri Lafond, que se negaba a contribuir con dinero a los fondos de la OAS; Watrin y los suyos se dedican principalmente al terrorismo, y parece que actúan sin órdenes...

y el mundo de los policías

ESTA división es un mal francés. Lo sufre la misma policía. Hay más policías de los que conviene. Ocurre desde siempre si recordamos el famoso «affaire des fuites» —cuando se descubrió que todos los servicios secretos del mundo tenían acceso a los documentos del Comité de Defensa Nacional—, cuyo episodio más impresionante fue el de los agentes de unas secciones de policía intentando detener a agentes de otros servicios... Hoy se ocupan de la OAS numerosos órganos policíacos, quizá no coordinados entre sí. La D. S. T., o División de Vigilancia del Territorio, que nació como un organismo de contraespionaje —y que participó mucho en el «affaire des fuites»—; la S. D. E. C. E. (Servicio de documentación y de contraespionaje), que actúa preferentemente en el extranjero, depende directamente del primer ministro y tiene un presupuesto de cua- **SIGUE**



Bidault ha reaparecido en Baviera. Aquí le vemos abandonando la central de policía de Herrsching, después del interrogatorio a que ha sido sometido.



...y cómo huele a limpio
la ropa lavada con **ESE**

ESE lava limpio limpiísimo, blanco blanquísimo

Señora, tenga usted también la satisfacción de sentirse admirada por la incomparable blancura de su ropa lavada con **ESE**.

Sólo la activa y abundante espuma limpiadora de **ESE** quita totalmente la suciedad. Sólo **ESE** deja sus sábanas, manteles, camisas, toallas y toda su ropa de colada tan limpia... tan blanca... tan fragante...!



PUBLINSA C-10

ESE lava mucho más limpio y mucho más blanco que cualquier otro producto

la guerra secreta



La casa en que actualmente vive Bidault pertenece al escritor y periodista alemán Heinz von Nouyus. «El hombre más feliz del mundo» —como él se declaraba en el año 1946— ha pasado a ser, por los azares de la política, el «maldito» de la tensión francesa actual.

trocientos millones de pesetas (según el semanario de París «Minute», esta policía tiene a sus órdenes un batallón entero de paracaidistas de choque para «acciones especiales»). Existe la S. M., o Seguridad Militar, dividida en dos secciones: la primera, que se ocupa de la extensión del comunismo en el Ejército, y la segunda, destinada a descubrir las «actividades subversivas», o sea las de la OAS. Y existe, finalmente, la policía; la simple policía, la vieja «Sureté» con sus divisiones habituales, sus guardias de uniforme, sus comisarios y sus inspectores. En una palabra, la policía.

los barbudos

PERO además, para contribuir bien al folletín, están los «barbudos», los «barbouzes», que no tienen nada que ver con todo esto y que viven y actúan en el silencio. Son un cuerpo que se formó para luchar contra los «fuera de la ley» precisamente desde fuera de la ley. Primero, contra el FLN argelino. Luego, cuando el terror vino de la OAS, contra la OAS. Eran entonces aventureros a sueldo: a un sueldo de seiscientos mil francos mensuales (72.000 pesetas), más primas y gages que llegan a doblar el sueldo. Su nombre oficial (no existen oficialmente) es el de «Organización de Seguridad del Estado». Los aventureros profesionales han ido desapareciendo, y los «barbouzes» se nutren hoy principalmente de agentes leales a De Gaulle, es decir, justificados por la ideología. Parece que su número es importantísimo, y que puede llegar a ser un arma política. Que puede llegar a apuntar contra toda la oposición, sea del color que sea...

Seguimos dentro del folletín al contar quién es el creador de los «barbouzes». Se trata de un coronel paracaidista, Jean Leroy, combatiente de Indochina —y medio indochina él mismo; hijo de padre francés y madre vietnamita— que desapareció hace dos años... Por lo menos, desde hace dos años nadie ha visto su redonda cara oriental, siempre bien afeitada; nadie ha escuchado las bromas que eran habituales en su conversación. Leroy desapareció después de haber

ofrecido a De Gaulle la creación de los «barbouzes», a base de algunos compañeros suyos de la guerra de Indochina, la mayor parte también eurasiáticos, que eran «pobres aventureros sin trabajo». Se dice que desde un lugar de la sombra —Estado mayor secreto de su policía clandestina— dirige una serie de operaciones misteriosas que pocas veces llegan a reflejarse en la prensa —a no ser el rapto de Argoud—. Y se dice que tienen una última misión que cumplir: si De Gaulle fuese asesinado, asesinar a su vez, allá donde se encuentren, a todos los posibles culpables: Bidault, Soustelle, Gardy, Chateau-Joubert... Sin que las fronteras sirvan de obstáculo.

la guerra de las minas

ES indudable que toda la vida pública de Francia está falseada por esta abundancia de conspiradores y de policías. Es difícil, después de esta descripción, negar a Francia una categoría de estado policiaco. Pero tampoco se le puede negar la calificación de país de conspiradores y terroristas.

En esta tensión, en este estado de guerra civil, no es de extrañar que el general De Gaulle haya respondido con injusta brusquedad a las peticiones de aumento de salario de los mineros: ha respondido con la requisa, que les obliga a trabajar a la fuerza. De Gaulle ha perdido sutileza de político: es un hombre que lucha contra las balas. Los mineros han respondido «no» y una ola de huelgas se ha desencadenado al mismo tiempo. Una agitación social sin precedentes en el régimen. De Gaulle podría conseguir lo que no alcanzan los conspiradores de Bidault; hacer caer «el sistema» como cayó la «dictadura Laniel» por oponerse a las huelgas de agosto de 1953. En este caso, el presidente De Gaulle no tendría inconvenientes en hacer un regreso temporal a la democracia, provocando una crisis ministerial que acabara con Pompidou y trajera otro primer ministro más o menos anodino y dejase a De Gaulle limpio de toda contaminación... La huelga está en plena evolución cuando escribo estas líneas: no es fácil calcular cómo terminará.

FIN